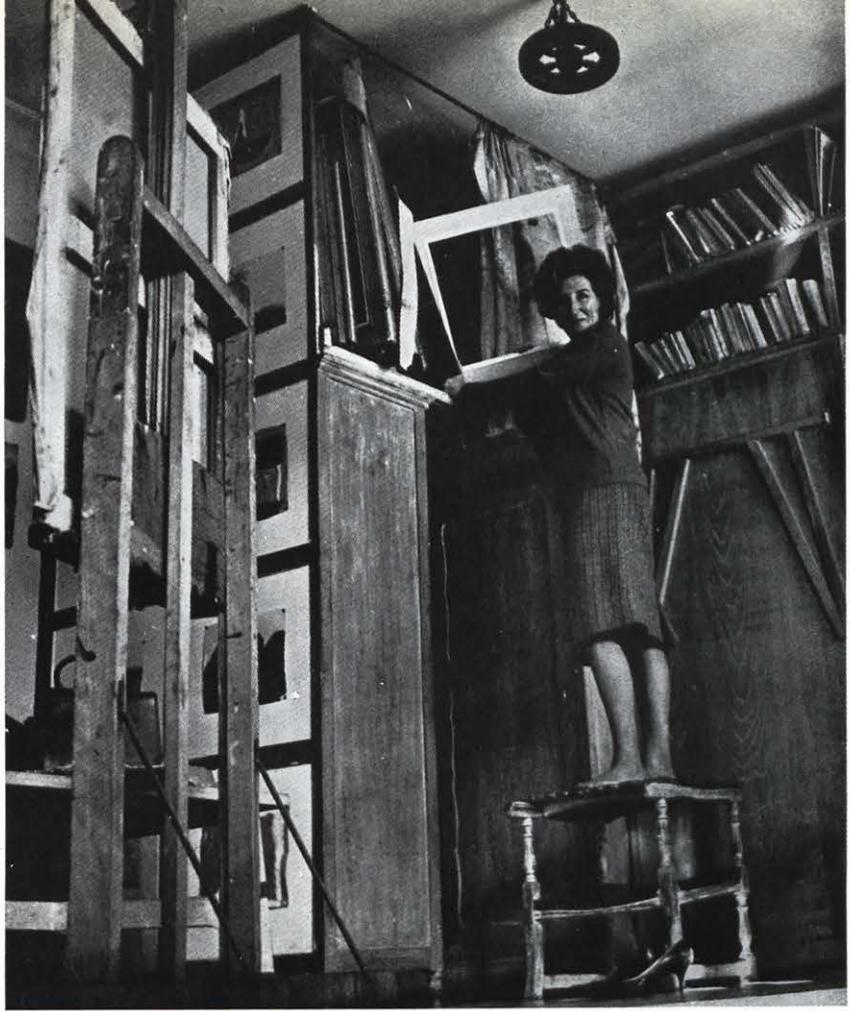


J. Ramírez de Lucas.

MENCHU GAL, O EL ALMA COMO PAISAJE



Para muchos de los impresionistas, el paisaje era un estado de ánimo, negando con ello gran parte de la realidad física e inmutable del "plein air" sometido a la variable hipersensibilidad del artista en el momento de enfrentarse con el trozo de la naturaleza a pintar. En el caso de Menchu Gal puede afirmarse aún más, en ella no es el paisaje un estado de alma, sino al contrario: es su alma un estado de paisaje.

Algunas acepciones y analogías de la palabra "estado": Situación en que está una persona o cosa, sujeta a cambios que influyen en su condición.

Orden, clase y jerarquía de las personas.

Clase o condición a que está sujeta la vida de cada uno.

Territorio cuyos habitantes se rigen por leyes propias.

Medida longitudinal tomada de la estatura regular del hombre.

Resumen, lista o exposición en conjunto de ciertos datos.

Disposición y figura en que queda el cuerpo después de cada lance de esgrima.

En los relojes marinos, atraso o adelanto respecto de la hora en el meridiano de comparación.

Estado civil.

Estado de guerra.

Estado de sitio.

Estado llano.

Combinando estas definiciones de "estado", con el concepto "paisaje", no importa en qué orden o desorden, en qué primacía

o postergación, en qué caprichosa mezcla, puede llegar cada lector a formular su propio y aproximado entendimiento de lo que queremos dar a conocer cuando se dice que Menchu Gal, y por tanto su pintura, es el alma como paisaje.

En el invierno, la tierra se aprieta, se hace sos; aún tiene más colores en su caja, en sus tubos, en su paleta, pero Menchu Gal prefiere todas las gamas de los apuntados, siempre que éstos puedan combinarse con los negros y con los azules fríos. Son los que primero vió, los que primero gozó, los que primero intentó fijar en los lienzos, autorretratándose al pintar el paisaje de su tierra, de su alma.

"No conozco mejor definición de la palabra arte que ésta: "El arte es el hombre añadido a la naturaleza", la naturaleza, la densa y cerrada de hostilidad. En la primavera, todas las puertas y ventanas, todos los poros comienzan a abrirse, milagrosamente, sin saber bien por qué. En el verano todo está y debe estar abierto, el aire quema los campos y los cuerpos, la noche se respira, la flor se abrasa y cae, pero cae gozosa, con rendido amor. El otoño es una pausa fecunda, todo madura, se llena de zumos, y el color se hace verdadero color. Luego todo vuelve a comenzar.

En el paisaje de Menchu Gal hay invierno y primavera y verano y otoño, todo a la vez, no revuelto, pero sí coetáneo, produciéndose en el mismo instante, en el mismo lienzo, la suma de motivaciones en aparien-

cia diversas que determinan cada estación, cada estado. Y si ello puede producirse es porque lleva en el alma el paisaje, porque su alma es un estado de paisaje.

"No hay más que un camino para conseguirlo todo, traducirlo todo: el color. El color, si así puede decirse, es biológico. El color es viviente." "Si yo consigo por el misterio de mis colores hacer participar de este estremecimiento a los demás, ¿no adquirirán un sentido más obsesionante de lo universal, pero muho más fecundo y delicioso?"

Tales afirmaciones y tales preguntas se las hacía un modesto pintor nacido en Aix, en Provençe, antes de la mitad del siglo XIX. El pintor sufría y creaba con su pintura, fué rechazado de muchos salones oficiales, sus telas suscitaban muchas risas, la mayoría del público le era manifiestamente hostil, le fueron negadas condecoraciones nacionales, no vendió cuadros. El pintor se llamaba Paul Cézanne.

Sí, si puede decirse así, señor Cézanne. El color es biológico, es viviente. Mírelo en las pinturas hechas por esa pintora que nació tan cerca de donde su tierra acaba y comienza la nuestra, en la misma raya fronteriza, en la Fuenterrabía-Irún, en la que compartimos ustedes y nosotros el mismo río Bidasoa, los mismos montes Pirineos. Verdes y grises, verdegrises, grises verdorealidad, la verdad, pero con una significación, con un concepto, con un carácter, que el artista hace resurgir y a los cuales él da expresión, destaca, separa, liberta, ilumina.



Algunos cuadros dicen más y hablan más claramente que la misma naturaleza."

Estas otras afirmaciones ya no son del señor Cézanne, pero lo son de otro pintor que puede parangonársele muy bien en tristeza personal y en calidad artística. Otro pintor que precisamente firmaba sus cartas familiares con el único nombre de Vincent, que algunas personas tal vez hayan oído hablar de él por su apellido, tan holandés: Van Gogh.

Sí, señor Vicente Van Gogh, algunos cuadros, en efecto, dicen más y hablan más claramente. Esta Menchu Gal también destaca, separa, liberta, ilumina, da expresión a la naturaleza, que ya hemos quedado que es su propia expresión, la de la pintora que ama el campo y el aire, el aire de su personal libertad.

No se cansa de caminar, de escudriñar en la lejanía, como si siempre estuviera esperando algo que, forzosamente, ha de llegar del mar. De donde azul y gris se confunden. El viento marino mueve sus cabellos rebeldes y deposita el tinte del yodo sobre la piel. No puede ser "lobo de mar", porque no le agrada estar sobre el mar, sino enfrentarse con el mar, entablar diálogo cara a cara, azul vivo con azul pintado, gris emulsionado con acero de roca, blanco-diente con ola deshecha. Esta es Menchu, abreviación del diminutivo familiar de Carmen, cuya vida es pintar, cuya pintura es vida. Una de las pocas mujeres en verdad pintores que existen en España, y cuando se dice España ya se comprende lo que esto abarca, y lo que esto obliga en materia de pinturas.

El buen conde daba consejos a su hijo. Era hijo único y heredero de una gran fortuna, de un apellido ilustre. Todo hubiese ido según lo previsto, según lo deseable, si la vida no le hubiese jugado una mala partida al hijo del conde. Un año se fractura el fémur derecho, al año siguiente el izquierdo, el niño no creció, quedó convertido en un enano siniestro que ocultará su deformidad y su tristeza por los cafetines menos nobiliarios.

Pero su desgracia pudo superarla, precisamente por el arte, y gracias a ella no es conocido hoy aquel hijo de conde, al que daban buenos consejos que no quiso o no pudo seguir. "Recuerda, hijo mío, que la vida al aire libre y a la luz es la única sana. Todo lo que es privado de libertad se descompone y muere rápidamente." El paternal consejo lo escribió en un tratado de halconería, que regalaba al heredero.

Vida al aire libre y a la luz que es la que sigue Menchu Gal, aunque no sea hija del conde de Toulouse-Lautrec. Sí, ya la conocen, la pintora que tiene el alma como paisaje y el paisaje color alma. La pintora de la fogosa frialdad, que se quema pintando y pinta abrasando, con la melancolía, pujanza, contraste, masculinidad, del paisaje norteño hecho sustancia espiritual.

